

A photograph of a dolmen, a prehistoric stone structure consisting of a large flat rock (capstone) supported by several upright stones. The dolmen is situated in a dry, open landscape with scattered rocks and sparse vegetation. The sky is bright with some clouds. The overall tone is historical and mysterious.

MANUEL PIMENTEL

Novela

DOLMEN

Más allá de su arquitectura colosal, el dolmen es poder, energía. Un *thriller* sorprendente y lúcido que nos adentra en su arcano prehistórico y ancestral.



ALMUZARA

MANUEL PIMENTEL

Dolmen

© MANUEL PIMENTEL SILES 2017
© EDITORIAL ALMUZARA, S.L., 2017

Reservados todos los derechos. «No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea mecánico, electrónico, por fotocopia, por registro u otros métodos, en el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright.»

Editorial ALMUZARA • Colección NOVELA
Edición al cuidado de ROSA GARCÍA & JAVIER ORTEGA
Director editorial: ANTONIO CUESTA
Conversión a ebook: REBECA RUEDA
www.editorialalmuzara.com
pedidos@editorialalmuzara.com - info@editorialalmuzara.com

ISBN: 978-84-17229-20-7

A mis hijos, Pilar y Manolo.

A los arqueólogos que, con rigor y paciencia, descubren el mundo de los dólmenes y su sorprendente cultura megalítica.

*A los adoradores de los dólmenes,
para que nunca abandonen el reino de la luz.*



Vi aquella tarde la mariposa amarilla entre las buganvillas en flor y pensé en la muerte. Su vuelo sutil me hizo recordar una de las supersticiones de mi abuela: *Niña, si ves una mariposa amarilla revolotear a tu vera, reza para que el difunto no sea de los tuyos porque alguien, en breve, va a engrosar el reino de los muertos.*

Apenas si quedaban mariposas en los campos de Andalucía, esquilgadas por venenos y epidemias, y las pocas que aún perfilaban sus cielos solían ser blancas. Años atrás era frecuente disfrutar de sus vuelos temerosos, suspendidas en el aire transparente de la mañana. Los niños intentábamos capturarlas con más alborozo que éxito. Logré apresar algunas entre mis dedos. Su fragilidad era sostenida por unos polvos finos, suaves como talco, que cubrían sus alas y que, según nos decían, las hacían volar, como a la Campanilla de Peter Pan.

Recordé con nitidez cómo, hacía ya un tiempo, en el campo, otra mariposa amarilla apareció con su tétrico augurio ante nosotras. Mi abuela apretó con fuerza mis manos y una lágrima rodó por sus mejillas: *Dile a tus padres que regresamos a Ronda, Artafi, que nada bueno nos puede pasar.* Esa noche, mi abuela murió. La encontramos sin pulso a la mañana siguiente, con una enigmática sonrisa en sus labios.

Eso ocurrió años atrás y nunca, desde entonces, una mariposa amarilla revoloteó a mi alrededor. Para mi desgracia, acababa de verla, de nuevo, aquella tarde que descansaba en Valencina de la Concepción. Su vuelo azaroso me estremeció y la premonición emergió de súbito, atávica y descarnada. ¿Quién moriría en esta ocasión?

Desgraciadamente, no tardaría en averiguarlo.

||

Abrió los ojos y apenas si logró atisbar unas confusas brumas. Trató de incorporarse, pero el esfuerzo tan sólo sirvió para agudizar un afilado dolor de cabeza. ¿Dónde estaba? Comprobó, horrorizado, que se encontraba inmovilizado por completo. Un millón de estrellas titilaban sobre el cielo despejado de aquella noche cálida y fragante. Tardó todavía unos segundos en descubrirse en su propio jardín, amarrado sobre la gran piedra de molino. Comprendió entonces su situación desesperada. No lograba recordar nada de lo ocurrido en las horas anteriores, pero una certeza más negra que la noche sacudió su ánimo: en breve, iba a morir. Así de simple, así de terrible. Sería ofrendado al poderoso señor de la oscuridad sobre el ara del sacrificio. Y aterrado, supo que su muerte no sería inmediata, sino lenta, dolorosa y cruel, como exigía la liturgia de la tradición. ¿Por qué a él? Nunca pensó que llegaría ese momento ni que jamás el ritual de los antiguos le señalara como víctima propiciatoria. Deseó perder la conciencia, desmayarse, sufrir un fulminante ataque al corazón; cualquier muerte antes que tener que afrontar la atroz agonía de los elegidos. Nunca soportó el dolor y era mucho el que tendría que sufrir hasta que la muerte redentora le acogiera entre sus fríos brazos. Sudoroso, el terror ante el tormento le estremeció. Tembló, desnudo bajo la noche de luna nueva. El gran sacerdote no permitiría que su sufrimiento se reflejara en el espejo delator de la luna llena. Sin testigos, su dolor se perdería en la oscuridad astral.

Intentó forcejear para liberarse de sus ataduras, a pesar de que era conocedor de lo estéril de su esfuerzo: no logró que los nudos cedieran ni una sola fracción de milímetro.

La cuerda de cáñamo crudo habría sido ligeramente humedecida para que, al secarse, aún apretara más. Como el insecto atrapado en la red traidora de la araña negra y ponzoñosa. Como siempre, como desde siempre.

Los oyó acercarse. Entonaban el canto lúgubre de los ritos de sacrificio. No pudo percibir cuántos eran, pero allí estaban, junto a él, rodeándolo, hombres desnudos que aguardarían en denso silencio el inicio de la ceremonia. El sumo sacerdote no haría esperar al dios de la muerte. Apenas si serían unos minutos del más atroz de los sufrimientos, la puerta de la infinita eternidad para él.

Conocía el suplicio que le aguardaba y su cuerpo se encogió de terror y angustia. Primero le sacarían los ojos, con una cuchara de marfil. Los depositarían en la copa. Después le cortarían la lengua. Y mientras él se retorció de dolor, la copa pasaría de mano en mano para que los participantes devoraban sus órganos extirpados. Y eso sólo sería el aperitivo. El plato fuerte llegaría después, cuando su corazón fuera arrancado de su pecho. Aún latiría en las manos del sagrado oficiante. Sólo algo después, entre sanguinolentos estertores, encontraría el alivio de la muerte.

Creyó que se desmayaba, pero, para su desgracia, se trató de un leve desvanecimiento. Al abrir de nuevo los ojos descubrió que el gran sacerdote se acercaba. Avanzaba con decisión con algo en la mano. ¿Qué podría ser? Comprobó, horrorizado, que se trataba de la cuchara antigua de marfil. Cerró los ojos al sentir el desgarró, experimentó un agudo dolor y la oscuridad se hizo para siempre.

III

El aire fresco de la mañana supuso el único alivio que nos concedió aquel verano caluroso. Por eso, me tumbé sobre una de las hamacas del jardín. El chalé de mi amiga María Valbuena, en Valencina de la Concepción, era una muestra acogedora de su buen gusto decorativo. Le estaba muy agradecida por su invitación. Fuimos compañeras de instituto y manteníamos desde entonces una cálida amistad, alimentada por esporádicos reencuentros. Al enterarse de que iba a trabajar en el yacimiento de Valencina, me invitó de inmediato a dormir en su casa. Acepté encantada, ya que me sería muy cómodo durante los primeros días de excavación. Así podría descansar y bañarme en su piscina después de los calores de la jornada. Recordaba a mi amiga en su infancia como una chica dulce, de las que le encantaban las muñecas de cara redonda y barriguita abultada. Yo prefería el vértigo de la cabaña en el árbol y la velocidad inconsciente de la bicicleta con barra. Fue enamoradiza y siempre le rondó algún novio. Yo tardé mucho en tener el primero y casi nada en abandonarlo. María fue la primera de la pandilla en casarse, y la tripa redonda que lucía pregonaba su embarazo. Esperaba un niño. Irradiaba felicidad y su luz contrastaba con mi penumbra sentimental. El asunto de la maternidad me angustiaba. A veces la deseaba, en la mayoría de las ocasiones la rechazaba y siempre la temía. Contemplar a mi amiga preñada y feliz me causaba un extraño desasosiego que oscilaba entre la lástima por la mujer libre que se perdía y la envidia por la madre que germinaba. Embridé la comparación malsana para no retozar en el dulce alivio de la autocompasión. Ella era ella y yo, yo. Obviedad esencial, pero al tiempo trascendente. Cada una había escogido la vida que había querido —o podido

—llevar. Y, además, yo era independiente y libre; ella, una mujer para siempre amarrada a su criatura. *Libertad, divino tesoro*, me consolé sin demasiada convicción.

La quietud del jardín invitaba al descanso, pero decidí cumplir con mi deber. Comenzaba a trabajar al día siguiente en las prospecciones del Dolmen de la Pastora y quería aprovechar aquella mañana para repasar los informes técnicos de las campañas arqueológicas anteriores.

—Artafi, tengo un nuevo trabajo para ti —me había comentado semanas atrás mi mentor, el profesor Cisneros—. Se excavará alrededor del dolmen, en una zona de fondos de cabaña. La excavación la dirige Manuel Carrasco y promete mucho. Quieren descubrir cómo vivían los constructores de los megalitos de Valencina. Te dejo su móvil, llámalo.

Acepté encantada. Desde que recordara, los dólmenes y sus misterios me atrajeron poderosamente. Me estremecía cada vez que me adentraba en el seno de aquellas catedrales megalíticas, envuelta en el halo sagrado de sus penumbras. Esas construcciones de piedras gigantes fascinaron y concitaron a druidas, magos y brujas de todos los tiempos por su mágica evocación. Y también a los curas, pues muchas de las iglesias medievales se construyeron sobre ellos. Sitios espirituales, lugares de energía, como creían algunos; necrópolis megalíticas, como aceptaba la ciencia; puntos de poder; quién sabía en verdad lo que se ocultaba bajo su arquitectura ancestral.

De pequeña, cuando comencé a saber de ellos, siempre me los figuré entre brumas, alzados en misteriosos paisajes celtas. Y, por eso, mi sorpresa fue grande al descubrir que algunos de los dólmenes más espectaculares de todos los tiempos se encontraban en Andalucía, como los de Antequera y los más cercanos de Valencina de la Concepción que, a pesar de encontrarse a las mismas puertas de Sevilla, casi nadie conocía. Estas construcciones colosales, con casi cinco mil años de antigüedad, evocaban un hondo secreto por resolver y yo me consideraba afortunada por po-

der indagar en sus entrañas. Le estaba muy agradecida al profesor Cisneros por su apoyo para encontrar ese trabajo. Era la única persona, además de mi madre, que siempre me había ayudado. Mi padre me lo presentó hace años, en mi último curso en el instituto y, visto lo visto, el viejo profesor fue el mejor legado que mi progenitor me dejara. Cisneros siempre me apoyó y casi toda mi exigua carrera profesional la había desarrollado bajo su influencia. Me conseguí trabajo en el Archivo de Indias, después con el erudito de Tombuctú y, en ese momento, en los dólmenes de Valencina, en los que esperaba encontrar el sosiego que anhelaba.

Los dólmenes son los monumentos prehistóricos más conocidos. Desde siempre asombraron a la humanidad que, desde el neolítico hasta nuestros días, los consideró como lugar sagrado, sede de culto, parajes de brujería y magia. A partir del siglo XIX la novedosa ciencia de la arqueología comenzó a estudiarlos y la expresión *megalitismo* apareció en Francia para denominar aquellas extrañas construcciones realizadas con piedras enormes, tan antiguas como misteriosas, que se encontraban a lo largo de toda la fachada atlántica europea, desde las Islas Británicas hasta el sur de la Península Ibérica. La cultura megalítica se desarrolló desde finales del neolítico, hará casi siete mil años, hasta principios de la Edad del Bronce, hará unos cuatro mil, un periodo de casi tres mil años que abarcarían desde el V milenio hasta el II milenio antes de Cristo. Una desmesura en piedras y en cronologías de la que aún estaba casi todo por descubrir.

Por eso estaba muy satisfecha por la oportunidad de trabajar como arqueóloga en el complejo megalítico de Valencina de la Concepción, uno de los más importantes de toda Europa. Llevaba ya más de un año en Sevilla, tras el regreso del accidentado viaje a Tombuctú, y me apetecía investigar en un yacimiento cercano a mi ciudad. Se trataba de una campaña de cuatro semanas en las que excavaría-

mos una parcela ubicada en las inmediaciones del Dolmen de la Pastora, y en la que se encontraban dos colosales fosos calcolíticos —de la Edad del Cobre— colmatados por restos y sedimentos, a los que trataríamos de encontrar una explicación. ¿Por qué unos fosos tan enormes? Aún no se conocía la utilidad de aquellas enormes excavaciones que aparecían con frecuencia junto a las grandes construcciones prehistóricas.

Los monumentos megalíticos se agrupan en tres tipologías básicas. El *menhir*, que en bretón significa piedra larga, y que, como su propio nombre indica, se trata de una gran piedra alargada levantada en vertical, como los famosos menhires de Obélix, el gallo. La segunda tipología megalítica engloba a las agrupaciones de menhires, que pueden ser *alineaciones* —como las enormes de Carnac, con más de tres kilómetros de longitud y miles de menhires— o *crómlech* o formación en círculo de menhires. La expresión crómlech también proviene del bretón, de *crom* —círculo— y *lech* —lugar—. Con bastante frecuencia, estos crómlech se encuentran rodeados de fosos —*hengés*—. El crómlech más conocido es el de Stonehenge en Inglaterra. Los dólmenes compondrían la tercera tipología megalítica. La palabra dolmen también deriva del bretón. *Dol* significa mesa y *men* piedra. Gigantescas mesas de piedra, con losas horizontales sostenidas por los ortostatos como patas.

Monumentos megalíticos, menhires, crómlechs, dólmenes, rodeados de fosos colosales. Me preguntaba de nuevo para qué habrían sido realizados aquellos enormes fosos cuando el ulular sobresaltado de unas sirenas interrumpió mis disquisiciones. Me incorporé y pude atisbar a través de la cancela el paso de varios coches patrullas sobre los que giraban las luces con gran escándalo. ¿Qué habría pasado? Las urbanizaciones del Aljarafe eran lugares muy tranquilos en los que la clase media sevillana residía o descansaba los fines de semana, dada su cercanía a la capital. Cuando el sonido comenzó a disiparse, recordé el vuelo de la maripo-

sa amarilla que observara la tarde anterior. *Alguien ha muerto, maldita sea*, pensé aterrada. Intenté olvidar el presagio macabro y me esforcé en concentrarme en la lectura de los informes técnicos. No lo conseguí. ¿Qué habría pasado? ¿Un ataque al corazón? ¿Un accidente? ¿Un asesinato? *Que al menos* —deseé en mis adentros al recordar a mi abuela— *no se trate de alguien cercano*.

Traté de ordenar mis pensamientos para apartar esas negras supersticiones, herencia de aquella abuela que tan poco traté, pero que tan honda huella dejara en mí. Me concentré en mi trabajo: primero leería la documentación disponible sobre la necrópolis megalítica. Tenía toda la mañana para ello. Después almorzaría con Manuel Carrasco, el director de la excavación, y con Luis Gestoso, un ingeniero veterano que culminaba su tesis doctoral sobre el calcolítico y que excavaría con nosotros. En la Península Ibérica el calcolítico, también conocido como la Edad del Cobre, se había extendido, más o menos, durante mil años, desde el año 3000 hasta el 2000 antes de Cristo, aproximadamente. Me llamó mucho la atención que un ingeniero maduro hiciera el enorme esfuerzo de regresar a la universidad para realizar una tesis doctoral de una materia tan apartada de su profesión... *Aunque la vocación, sonreí, no atiende a edades, aparece cuando aparece*. ¿Por qué si no, un ingeniero con la vida ya hecha, con casi sesenta años, se esforzaba en realizar una tesis doctoral sobre la Edad del Cobre y se prestaba a excavar junto a estudiantes y seres perdidos como yo? La vocación. Yo quise durante todo mi bachillerato estudiar ingeniería, como mi padre, para al final decantarme por arqueología. Y no tenían las mismas salidas profesionales las dos titulaciones, precisamente. Y, a pesar de todo, no me arrepentía. ¿Cómo extrañarme, entonces, ante la tardía vocación de Luis Gestoso?

Gestoso estuvo amable conmigo la tarde en la que lo conocí en el despacho de Manuel Carrasco, en el departamento de Arqueología de la Universidad.